

Plaza de la Soledad

Maya Goded

Crecí en la Ciudad de México, donde la buena mujer, la mistificación incuestionable de la maternidad y la sexualidad femenina, están dominadas por la moral católica. Cuando me embaracé, la necesidad de entender a las mujeres, su papel en esta sociedad, y finalmente a mí misma, creció.

Me meto al centro de mi Ciudad de México, buscando respuestas, respuestas que me llevan a recorrer calles, plazas, personas... Sentada en una banca, en la Plaza de la Soledad, donde mujeres de todas las edades sobreviven bordeadas por otras plazas, calles, casas-hogar, iglesias, ONGs, ladrones, comerciantes, policías, padrotes y otras personas que, como yo, buscamos entre los otros una respuesta.

Después de varios años de fotografiar, entendí mejor lo que buscaba: los secretos y significados que se encierran en el cuerpo de las mujeres. Me interesa el cuerpo como amenaza, como trinchera, como dolor, como gozo, como poder, como grito, como silencio. Este libro son estos paseos.¹

*

Quería hablar con niñas que sobreviven solas en las calles, con prostitutas, y eso implica hablar con mujeres de la desigualdad, de la transgresión, del cuerpo, del sexo, de la maternidad, del lesbianismo, de la niñez y de la vejez, de lo que creemos y no creemos, de amor y el desamor. Al final, y al principio, de la vida misma...

*

Un día decidí llevar a cabo una fantasía. Me acerqué a la sexo servidora más maternal de la Plaza. Nos metimos en un hotel, a espaldas de Palacio Nacional. El dueño del lugar, un español vasco ya mayor, con un peluquín rubio, que conocía bien a las mujeres del lugar, con una mirada enjuiciadora sobre mi panza de

cuatro meses de embarazo —la cual disimulaba debajo de unos *jeans* amplios y una camisa larga—, nos atendió de mala gana, arrojándonos las llaves de la habitación.

La mujer elegida, con un mandil tapando su vientre voluminoso, manejaba su andar provocativo, dejando ver sus caderas generosas por los pasillos del hotel, conduciéndome al cuarto, dejando atrás a la mujer maternal, transformándose en una prostituta.

Ahora recuerdo cómo, a cada paso su sexualidad, bien conocida y repetida, se dejaba ver. A ratos notaba su propio gozo. En el cuarto le tomé fotos; quería que se sintiera hermosa, que me enseñara su sexualidad con los clientes. Quería aprender de ella.

Ese día se me presentó un mundo que no conocía, pero que anhelaba desgranar fotografiando. En algún sentido, buscábamos en forma distinta algo parecido: romper con reglas que ahogan, conocer, probarse a una misma, desmoronarse para reconstruirte... Pero al final lo que más buscábamos era lo mismo: amor. Causa de nuestro hacer y no hacer.

*

Cuando le preguntaba a las mujeres, por qué se prostituyen, la primera respuesta era siempre “por dinero”, y la segunda, “para sentirse deseadas”, “para sentirse mujeres”. Pepa Roma, amiga y periodista española, me decía: “es como si la mujer pudiera soportarlo todo: vejaciones, malos tratos, exclusión social. Todo, menos renunciar a algo tan intangible como sentirse deseadas, tan poderoso como sentirse mujer”.

*

Jamás me había dado cuenta de que las calles están llenas de gente buscando con quien platicar, buscando contar sus intimidades —sin que a nadie le importe si son verdades o no—. Sabíamos que seguramente no nos volveríamos a ver, eso hacía aún más intensa la charla; todos éramos lo que queríamos ser en esos momentos.

Quedé con algunas mujeres que al tener a mi hijo, regresaría a echarme un trago. Y eso hice, a los cuatro meses de nacida mi hija. Pero mi regreso fue más constante y más fuerte; se volvió una obsesión.

Por Concha conocí a Evelia, mujer de 45 años, coja, con una belleza desgastada por el tiempo, pero aún con mucho coraje. Al conocernos hubo un flechazo entre nosotras; sentí que había encontrado a una persona en la que podía confiar un poco más.

Un día que pasé por su esquina, me había dejado un recado con Concha: “Pásame a visitar a mi casa. Panamá 83”. Conocí a sus hijos: Mara, Bogart, Zeus. Me impresionaba la libertad con la que hablaba enfrente de su hija más pequeña, Afrodita, de siete años. No escondía su vida, no soñaba con cuentos de hadas. Tenía debilidad por sus hijos varones, en especial por Bogart, que acababa de decidir que ya no quería que su madre trabajara en la calle. Se habían acabado sus caminatas frías por la noche, sus largas esperas en una esquina, las charlas con sus compañeras de zona, el olor a sexo de hombres distintos, los pleitos callejeros. ¿Cómo podría explicarle a su hijo la necesidad de recorrer las calles? Ningún argumento sería suficientemente fuerte; ya no mantenía a sus hijos. La única forma de poder gozar de esa libertad era cuando yo pasaba por ella hasta la puerta de su cuarto: se convirtió en mi asistente. Bogart me sonreía y nos íbamos las dos felices. Después, de regreso, la dejaba hasta la puerta de su casa. Rejuvenecía cuando salíamos, se ponía sus botas largas, mallones, como cuando la conocí, [rejuvenecía tanto] que empezó a pellizcarles las nalgas a los hombres que se le cruzaban por el camino. Más la conocía, más me sorprendía su gusto por el peligro, y el poco miedo a la muerte. Así fui entendiendo su devoción por la Santa Muerte. [...]

Nota

1. Maya Goded se refiere a un libro que actualmente prepara, y que se llamará *Plaza de la Soledad*.

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea* 25. *Intimididad expuesta*
México, Centro de la Imagen/Conaculta/Cenart, 2002.